¡¡MARÍAS: HA LLEGADO EL PSICÓLOGO, OIGAN...!!

Francisco Miguel Cubero Lorón

Capítulo 1

¡¡Marías: ha llegado el psicólogo..., oigan...!!

Como cada lunes, la plaza de aquél pueblo se animaba con la instalación del mercadillo en donde se vendían verduras, quesos, vestidos, zapatillas, bolsos, y algunas cosas más, atrayendo los vendedores a los compradores a grito pelado, y sin asesoramiento alguno sobre técnicas de marketing.

Siempre había cambios en los puestos, ya que unos desaparecían y no volvían más y, aparecían otros nuevos probando fortuna. Hoy, había más expectación en la plaza porque un furgón distinto, más grande y moderno que los demás, nunca antes visto allí, lo estaban instalando.

"**FLORENTINO MENDIETA, PSICÓLOGO**", figuraba en los laterales. Dentro, cuando aún no habían acabado de instalarlo del todo, pudo verse brevemente, una mesa, su sillón, y un diván. Detrás de la mesa, varios diplomas colgados en la pared. En la de enfrente, tras el diván, un mapa de la República Argentina y unas estampas enmarcadas de gauchos a caballo.

Una multitud de curiosos, se comenzó a agolpar frente a la novedad, esperando saber de qué iba aquello, aunque en los rótulos, bien claro lo decía. Sólo que no era la oferta habitual en aquél mercadillo, dedicado más a lo concreto, tangible, pesable y contable.

Una vez acondicionado el gabinete rodante, se abrió la puerta de éste y apareció en ella la figura alta, algo desgarbada y como fuera de lugar, de un señor con bata blanca, aunque sin estetoscopio, por lo que todos dedujeron que sería el mismísimo Dr. Mendieta, psicólogo.

La gente, siguió allí plantada porque era costumbre entre los vendedores que llegaban nuevos, agasajar a la posible clientela con regalos de propaganda, donde solían aparecer impresos, los datos del ofertante que, no fue el caso en esta ocasión. Aún así, toda aquella gente ni se movió, por ver en qué quedaba la cosa.

"¡Querido pueblo!: me presento ante vosotros por vez primera, y espero que por muchos lunes que estén por llegar, como Florentino Mendieta, doctor en Psicología que soy, por la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

"¿Y por qué, se preguntarán Vds., deben precisar de mis servicios? Y fíjense que no digo, "pueden", sino "deben". ¿No lo saben...?", preguntó el

doctor.

La gente callaba pero, unos pocos, los más sinceros, asumían el desconocerlo mediante "noes" apenas audibles. Y es que siempre se había dicho que España no es tierra apropiada para los psicólogos. Pero por ignorancia sobre los beneficios que la psicología reporta a los que la practican: la mayoría de éstos, los propios psicólogos.

"Habrán observado también, que no hablo en argentino porque directamente les estoy traduciendo al español, para facilitar la comprensión de mis consejos médicos, en su caso.

Resumiendo: pues mi misión aquí es para aquéllos que tengan congojas o sentimientos encontrados, así como pesares en el alma, y ayudarles a eliminarlos con métodos científicos introspectivos, o hipnóticos.

Ya sé: "y del precio... ¿qué?", me dirán. Pues no es problema porque lo financiamos a 36 meses a un 5% de interés, que en términos TAE, resulta al 18,93%, pero que esta última cifra es sólo una minucia legal obligatoria de informar. Vds., en lo que tienen que fijarse es en la primera de las dos: 5%, que es más sencilla.

Y ya, sin más preámbulos, pueden empezar a pasar, sin necesidad de cita previa, por esta mi consulta que aquí mismo ven. Por favor, no se me amontonen y, de uno en uno", terminó el doctor su arenga de presentación.

Se comenzaron a mirar unos a otros, buscando a ver quién iba a ser el primero de todos que precisara los servicios de aquél hombre, pero nadie se le amontonó. Al cabo, un hombre bastante jubilado, levantó la mano como indicando que quería pasar. El doctor, al ver el gesto, le pidió que se acercara.

La gente, mientras el hombre avanzaba entre los presentes hacia la consulta, le iba reconfortando, porque siempre había sido un poco inseguro:

"Ánimo, Manolo, que tú puedes. Coméntale el problema que tienes con tu vecino Eliseo por los ladridos de su perro, a ver qué opina", le dijo una. Aunque otro, también terció: "Y que te afliges ante la enfermedad: eso, también". Buena voluntad, no faltaba entre los convecinos.

Manolo, al ir a entrar en el despacho aquél, se paró a la entrada, se giró hacia el público presente, y saludó levantando la mano. Es que se lo veía hacer a los astronautas cuando iban a entrar en las cápsulas espaciales, y pensó que quedaba muy estético y apropiado. El efecto que causó aquél gesto como de venirse arriba, fue una sentida ovación de los presentes. Y

la puerta, se cerró tras él.

A continuación, el alguacil, temiendo que se pudiera producir algún tumulto, comenzó a rogar: "Circulad..., circulad..., por favor..., no me hagáis corrillos..., por favor..., hala a ver...", y lo decía con tal amabilidad, que la gente se dispersó pese a que todos hubieran preferidos esperar a ver si Manolo salía como transmutado, tras la consulta.

Mientras eso pasaba fuera, dentro, comenzaba la terapia (porque todos estábamos enfermos del alma, según el doctor) a su cliente.

"Su nombre es..., Manolo..., me ha parecido oír que le decían, ¿no?", le preguntó el médico.

"Sí señor, para servirle", contestó el aludido.

"Muy bien. Pues Vd. dirá. ¿Qué le trae por aquí? ¿Alguna duda..., quizás?", indagó para romper el hielo con su paciente.

"Pues sí, eso, una duda: que..., que creo que soy de derechas. Votar..., voto a las izquierdas, siguiendo la tradición familiar. Pero yo creo que las cosas que hago son..., de derechas", le contestó Manolo, notándosele en la voz ese conflicto interior.

"Vaya..., vaya..., vaya...: así que se cree de derechas, aunque Vd. vota a las izquierdas, como Vd. las llama, así, en plural, como si hubiera 500 izquierdas distintas, ¿o qué?", medio le reprochó con sorna el doctor. La verdad es que no se le notaba nada al hablar, lo de que fuera argentino, salvo por la calabacita de mate que llevaba en la mano y de la que iba bebiendo con una pajita, en pequeños sorbos, mientras escuchaba atentamente a Manolo. Éste, asintió con la cabeza, a la pregunta de D. Florentino.

"¿Y en qué nota eso de que hace cosas, de derechas?", insistió el médico.

"Pues yo, notar..., no noto mucho, la verdad. Pero me fijo en mi primo, que vota a las derechas porque su padre ya votaba a Franco, y yo veo que hago las mismas cosas que él", argumentó Manolo.

"¿Quién, "él"..., Franco?", dudó el doctor.

"No. Mi primo", le aclaró.

"¿Y qué cosas son ésas?", le preguntó de nuevo.

"Pues..., no sé..., vamos los dos a tomar café al bar..., jugamos a la petanca..., nos sentamos en algún banco a charlar de si ha llovido

suficiente o no..., vemos los partidos de fútbol en la tele..., coincidimos algunas veces en el Centro de Salud porque tenemos parecidos achaques..., y los domingos, después de misa, nos vamos a tomar un vermú con los demás amigos, al bar que está junto a la iglesia". Y aquí, paró, y se le quedó mirando a D. Florentino, para que viera que era verdad lo que le decía sobre su contradictorio vivir interior.

"¿Y riñen alguna vez por la política?", le preguntó.

"Ah..., no, no..., que nosotros ni entendemos de eso, ni nos importa. Nosotros sólo hablamos del campo, y del fútbol", contestó.

"Entonces..., Vd., ¿para qué vota a la izquierda? Porque supongo que les votará, para algo. Alguna inquietud tendrá, algún deseo de que hagan algo distinto de lo que los otros puedan hacer. Tendrá anhelos de justicia social, o de la ecología, o ansias de más libertad, no sé, digo yo", le dijo el médico para intentar comprender su sentir.

"Pues yo, cuando vienen para las elecciones, voy a los mítines de los míos, y siempre nos dan chapas de esas que se pegan en los frigoríficos. A mí todo me parece bien, de lo que dicen. Como no entiendo...", contestó un resignado Manolo. Y siguió:

"Aunque cuando vienen los de las derechas, también voy con mi primo a sus mítines y, todo lo que dicen, pues también me parece bien. Las chapas para el frigorífico me gustan más las de los de derechas, más calidad se les ve, como la de los folletos que reparten. Y guardo todos: nunca se sabe", terminó.

"Y si lo que dicen los de derechas, también le parece bien... ¿porqué no les vota a ellos, como su primo?", se extrañó el médico.

"Ah..., no, no, no..., las ideas..., son las ideas", dijo Manolo mirando a los ojos al doctor, porque acaba de dar con el quid de la cuestión y, por ahí, sí que no pasaba.

"Pero..., y Vd., Manolo..., ¿qué quiere que yo haga: que le vuelva de izquierdas en su forma de vida, o que le haga sentir de derechas, a su corazón?", le preguntó algo desorientado.

"Pues esa es la cosa, que me gusta cómo vivo aunque sea de derechas; y seguir votando a las izquierdas, pero sin ese remordimiento que me reconcome por dentro por tener el corazón desacompasado. ¿Y si trajera a mi primo para que le aconsejara Vd. que votara lo mismo que yo...?", se atrevió a insinuar Manolo.

"Hombre, a ver, yo, en su estilo de vida, pues tampoco veo que pueda decirse que sea de derechas, sino más bien..., neutro. Quizás desentona

un poco eso de ir a misa los domingos, que siempre ha sido una característica más propia de los que Vd., ni quiere ser, ni votar. A lo mejor, con que dejara de ir a misa, tendría más en escuadra su vida. Y ya, si se adorna con un pañuelo palestino o una camiseta con la efigie del Che, y se me apunta a la ecología..., redondeamos su vida. Y con una sola consulta, tiene arreglado su problema. ¿No le parece?". Parecía lógica la solución del psicólogo.

"Pero es que yo no quiero dejar de tomarme el vermú, con mis gambas a la plancha y la charla con los amigos y, eso, sin misa, como que el vermú se quedaría sin valor. La misa es, sacrificio. Y el vermú, un premio por ese sacrificio. Así, se compensan. Y ya sé que el cura nos dice siempre las mismas cosas, pero también el vermú y las gambas tienen cada domingo el mismo sabor. De modo que, a pesar de todo..., eso, casi..., mejor lo dejamos como está. Y lo de apuntarme a la ecografía, pues no me convence. Dicen que no echemos insecticidas en las patatas del huerto, que es malo. Pero si no lo hacemos, se nos las comen los gusanos. Ése es el único "pero" que le pongo a las izquierdas. En lo demás bien, porque contra los negros no tengo nada. Así que, por favor, búsqueme otra solución a esto que me está matando", le rogó Manolo.

"No me lo está poniendo sencillo, la verdad. También tendría otra opción, ya que no quiere abandonar esa vida alocada de derechas que lleva: sentirse de derechas, como su propia vida. Pero..., seguir votando a las izquierdas para no romper con la tradición familiar. ¿Vd., a quién ha estado votando, de todas esas izquierdas?", dijo el médico.

"Un servidor..., al Partido Comunista", contestando en un tono como que parecía obvio que si uno vota a la izquierda, sólo esa opción es la lógica.

"¿Para que sea esa formación política la que a Vd. le gustaría que gobernara en España...?", insistió Florentino Mendieta, nacido psicólogo y, argentino de profesión.

"Que gobernara, no, porque me quitarían las tierras, como es su obligación. Y yo quiero que sean para mis nietos cuando yo me muera. Yo sólo quiero votarles, como lo hacía mi padre y, antes que él, mi abuelo, de cuando era pobre. Pero emigró a Venezuela, trabajó mucho y ahorró lo suficiente para regresar y comprar con ese dinero, todas las tierras que luego heredó mi padre y, más tarde, yo.

Pero mi abuelo era un hombre íntegro y aunque se convirtió en uno de los mayores terratenientes en este pueblo, no por eso se cambió la chaqueta en cuanto al voto. Él fue quien, cuando era yo pequeño, me inculcó lo de que las ideas, son, las ideas. Y si hay que dar la vida por ellas..., se da", le contestó rotundo y convencido: lo cortés, no quitaba lo

valiente.

El médico, soplaba y se rascaba la cabeza, porque no sabía cómo resolver ese laberinto de los sentires paralelos de Manolo que se entrelazaban y que no había manera, al parecer, de desenredar.

"O sea, recapitulando: Vd. es rico, por lo que me está diciendo; le parece que lleva una vida de derechas que cuadra con su posición económica, pero que no querría llevarla porque se siente de izquierdas, aunque no haga nada en su vida que se identifique con esa tendencia política, salvo votar al PCE..., ¿de acuerdo...? Y entonces Vd. viene aquí a que le ayude... ¿a qué?", terminó de decirle, un poco ya impaciente por ver si le aclaraba de una vez por todas, qué necesitaba.

"Pues... que a ver si me que quita esta congoja que siento, Dr. Mendieta", volvió a insistir Manolo.

"¿Y Vd., cómo imagina que debería ser su vida "de izquierdas", para que se quedara contento? Porque..., carajo: los de izquierdas tampoco cagan mármol blanco de Carrara, perdóneme la expresión, ni van respirando fragancias todo el día y, puestos en pelotas, no se diferencian del resto de los humanos en esa misma desnudez. Si acaso, pues que van a todas las exposiciones o que, cuando llega el invierno, llevan trencas en lugar de abrigo. Así que no se vaya a pensar que es una vida de rosas eso de vivir en el ideario izquierdista. ¿De verdad quiere seguir adelante en lo de su emparejamiento ideológico?", se quiso asegurar el doctor.

"¿Pero podré comer de todo...?", preguntó Manolo, antes de tomar decisiones de las que se pudiera arrepentir.

"Pues eso ya..., lo tendría que consultar con su médico de cabecera", le recomendó por no interferir con el otro colega médico, teniendo como tendría, todo su historial médico. "Pero vamos, que los alimentos, si no le ha desaconsejado alguno, él, podrá comer de todo. Hombre, si me apura, los de izquierdas-izquierdas, mientras tienen un nivel bajo de ingresos, no abusan ni de la langosta, ni del jamón ibérico de bellota, lo que no quiere decir que no tengan buena boca. Si no, vea Vd. en las cenas de Navidad de los señores diputados del Congreso, cómo las diferencias ideológicas, ni se notan en lo tocante al menú. Quizás, que cuando cogen con los dedos una loncha fina de ese jamón y se la llevan a la boca para que se deshagan en ella las grasas omega-3 que contiene, suelen tener más remordimientos acordándose de los pobres por lo que, para disfrutar de ese alimento, necesitan comer de él, el doble que los de derechas, quienes al no sufrir ni padecer por los desheredados, saborean todo lo que se comen sin hacérselo perdonar. No sé si me entiende", y creyó despejar todas las dudas del paciente.

"¿Y las mujeres..., porque creo que ahora casi no pueden ir con mujeres, según lo tengo entendido en los telediarios?", otra de las dudas más preocupantes de Manolo.

"Pero, Vd., ¿todavía..., puede?", se extraño D. Florentino.

"No..., poder..., no puedo. Pero una cosa es "no poder", y otra es "no deber". Más que nada es por si sacan algún adelanto médico que, en cuatro días, me solucionen el "no poder". No vaya a ser que, entonces, es un suponer, que pudiendo..., no deba. Que ya sería mala suerte", se lamentó Manolo.

"Pues hombre, precisamente en ese tema, pese a las reticencias morales de Marx y Engels, hijos de su época al fin y al cabo, las izquierdas han sido pioneras en romper los corsés sobre el sexo, y han sido abanderadas del amor libre y el intercambio de parejas. Los de derechas, más respetuosos con estas temas, se inclinan más por lo de ir de putas, y de las caras, a ser posible.

Vds., que se relacionan tanto en los Centros de Día y eso, ahí sí que pueden encontrar oportunidades de manifestar todo lo que sienten y sin el problema de los embarazos no deseados. Ya sólo se trataría de esperar a que los adelantos que imagina, se lo permitan. ¿Me entendés, boludo...?". Y al acabar su exposición, se le escapó ese argentinismo interrogativo y algo irrespetuoso, porque al psicólogo se le estaba acabando la paciencia. Miró el reloj, y usó un seco imperativo:

"Más cosas", por ver si ya se le habían acabado las dudas y, en tal caso, poner ya el remedio adecuado.

"Sí..., los cantautores", dijo un poco intimidado por el tono del médico.

"¿Qué les pasa a los cantautores?", mezclando en el tono, agotamiento y sorpresa.

"Pues que no me gustan los cantautores que traen a los mítines, los míos. A mí me gustan, los pasodobles, aunque sean más..., de derechas. Así que yo creo que debería Vd. hacer que me gustaran los cantautores, para entender lo que dicen y lo de porqué están tan tristes, que no digo con esto que no tengan sus motivos. Pero es que en la última fiesta del Partido, vino el Serrat ése y, al cantar, debió de pisar algún cable y darle alguna garrampa, porque le entró un tembleque en la voz, que se le alargó el "qué le voy a hace-e-e-e-er si, yo-o-o-o-o-o-ó...", hasta que lo desconectaron.

Pero como decía mi abuela: algo tendrá el agua, cuando la bendicen. Así que yo quiero que me guste ese cantante, y los otros, Ana y Víctor-Manuel, que también nos los cascan en cada fiesta. Los pasodobles...,

para cuando vaya con mi primo a la fiesta de los suyos. Si le digo la verdad, se me van los pies, solos, en cuanto nos los ponen", le aclaró Manolo.

"Estoy pensando que lo que Vd. ve es, que su vida y la de su primo, son como un calco la una de la otra, y que lo único que cambia es a quién vota cada uno. Tal vez sea buena idea lo de que su primo, si es más maleable, se dejara convencer para que vote a las izquierdas..., solucionando así su problema: los dos llevarían una vida de lo más izquierdoso sin cambiarlas para nada, y ya no podría decir Vd. que su primo, al votar distinto que Vd., pues que eso haga que la vida de él, sí sea coherente con lo que vota", dijo el médico, quedándose pensativo.

Se puso mirando al techo, y comenzó a gesticular con las manos, como repasando e intentando comprender el galimatías que acaba de decir. Y vio que era bueno.

"¿Y qué le va a hacer a mi primo? Porque lo del espiritismo ése, no me convence", dijo desconfiando, Manolo.

"¿Pero qué espiritismo..., viejo?: ya me está rompiendo las pelotas con tantos remilgos..., ¿víste?". Al psicólogo, con el enojo, le comenzaba a asomar su hablar porteño.

"Pues eso de que le duerma para hacer que no vote a los suyos, y se quede tonto. Que lo vi en una película. Si ha de ser así, porque por las buenas no querrá..., no le decimos nada, y ya seguiré yo con mi congoja. Si mi tío, paz descanse, viera que su hijo vota a las izquierdas aún por darme gusto, se revolvería en su tumba, con lo gente de orden que era", le aclaró Manolo, para que se calmara el doctor.

"¿Pero quién carajo le ha dicho a vos que sho vasha a hipnotizar a su primo ni a la madre que lo parió...?, pelotudo de mierda, que sha no sé ni lo que me digo... ¿comprendés...?". Aquí, ya, el médico había perdido los papeles, recuperando su pasaporte total de la República Argentina. Y se puso a respirar profundo, ausentándose un momento de la situación sin salida en la que se encontraba, para hallar la calma y su voluntarioso acento español mientras repasaba mentalmente el "ya-ye-yi-yo-yu", pronunciado tal y como le había enseñado su fonetista de Valladolid.

Manolo le observaba sin comprender su enojo, ni sus metamorfosis en el habla. Y como hombre de paz que era, quería recomponer la cosas y volver a la tranquilidad inicial, aunque no sabía cómo.

Ya, recuperada la calma, el doctor le hizo esta extensa reflexión:

"Vamos a ver, Sr. Manolo, si nos aclaramos: a mi modo de ver, a Vd. no le pasa nada, está curado desde antes de entrar a mi consulta y, por

tanto, todo lo que le cobre por ella, será demasiado. Pero le debo de cobrar por mi tiempo, y no tanto por mis soluciones, que ni las necesita, ni las tengo.

Se ha agobiado por su normalidad como persona. Los psicólogos tratamos las cosas que se salen de esa normalidad, cuando son algo enfermizas. Mozart, el compositor, era un anormal, comparado con el resto de los humanos pero, afortunadamente, no tuvieron que curarle de nada.

Hay anormalidades más pequeñas, como la de no poder encerrarse en un ascensor porque exista la remota posibilidad de quedarse atrapado dentro, si se estropea. Lo normal es pensar, si pasa: "Bueno, ya me sacarán cuando pulse el botón con la campanita de la alarma". Si uno renuncia a subir en él porque algo así pudiera pasarle..., ahí hay un problema en el que yo sí puedo intervenir.

Pero Vd. lleva, que yo sepa, una vida normal, como la de su primo o la mayoría de sus convecinos. No existe una sed de izquierdas, o de derechas. La sed, es necesidad de beber, y nada más. Ni se respira con una determinada orientación política. Sufre por sus nietos, porque hereden lo suyo, pero como les pasa a todos, se vote a quien se vote.

Unos, prometen cielos a ritmo de boleros o de canción protesta; y otros, los prometen bajo los acordes de esos pasodobles que tanto echa en falta en los mítines de su partido. Pero, al final, lo que se impondrá en la política de un Ayuntamiento, de una Comunidad Autónoma o del Gobierno Central, es la capacidad de las personas elegidas y las circunstancias en que gobiernan. Y no sabemos, cuando hacen algo que no nos gusta, si es por su incapacidad para hacer otra cosa distinta y mejor, o porque no tienen más opciones, dentro del contexto que les toca vivir.

Por eso, Manolo, siga con lo que hace cada día, que no tiene signo político alguno; vaya a misa si le place, y prémiese después con un buen vermú. No caiga en la tentación de ser coherente en su vida, en relación a los dogmas que le cuenten los suyos aunque les siga votando, que ni se hundirá el mundo por eso, ni se salvará tampoco, y seguirá Vd. con la tradición familiar. A fin de cuentas, las ideas..., sólo son... ideas, en la mayoría de las ocasiones. Y si ve a su primo, dígale que continúe con el tratamiento que ya lleva, porque él, por lo que Vd. me dice, no presenta síntomas preocupantes de ningún tipo.

Si le repitiesen esas congojas por culpa de cómo es su vida y, cómo, su voto, tómese unas gotas del tango ése de Gardel que dice: "Que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé: en el 506 , y en el 2000, también. Que siempre ha habido chorros, maquiavelos y estafaos, contentos y amargaos...", lo que quiere decir que sí, que pongamos nuestro granito de arena por un mundo mejor, si así lo desea, pero tampoco sin una excesiva

confianza. Ése es mi consejo, para su angustia".

Manolo, intentaba seguir toda aquella perorata para no perderse en el laberinto de razones en que el Dr. Mendieta le acababa de meter, y sin la ayuda de un plano para encontrar la salida.

"¿Pero no me va a mandar nada para que se me pase la zozobra, aunque no fuera más que un trankimazin como el que toma mi cuñada? Razonando..., así cualquiera soluciona las cosas: eso es, lo fácil. Yo, lo que quería, al verle a Vd. aquí en su primer día ofreciendo sus servicios en este pueblo, era el que me quitara esta pena, para no darle vueltas a la cabeza de si hago bien o mal, ni tener que elegir. Seguir con mis rutinas de siempre, sólo que añadiendo al desayuno, una pastilla del trankimazin ése para no tener, cuando vengan las siguientes elecciones, ningún cargo de conciencia mientras duran. Luego, ya..., se me pasa y ni me acuerdo de mis propias contradicciones.

Por cierto, Dr. Mendieta..., siendo nuevo aquí..., ¿no tendrá para regalar a los clientes, calendarios de pared. Es que antes, nos los daban en la Caja, pero se ve que este año han tenido recortes, y ya no nos los dan. O bolígrafos. Eso..., también me vendrían bien", dijo Manolo, poniendo la carita del bueno que espera obtener algo de lo que pide, siguiendo otra tradición familiar.

"Pues no, Manolo, no le voy a dar nada de todo eso de lo que me pide. Ni necesita medicinas, ni tengo regalos de propaganda y que, por lo que valen en las papelerías, bien se los podrá pagar Vd., además de los 30€ de mi primera consulta bonificada. Las siguientes, 50€. Tenga en cuenta que es un servicio a domicilio, como aquél que dice", zanjó el doctor, sin más adornos.

Manolo, que se vio sin calendario, ni bolígrafos, ni ansiolítico de marca blanca, y con 30€ menos cuando le pagara a aquél hombre, le dijo:

"Vd., Dr. Mendieta, ni es psicólogo, ni es nada. Vergüenza le tendría que dar, tratar así a un jubilado a punto de cumplir 80 años, y toda una vida entregado a la causa, sin importarme riesgos por ir siempre a contracorriente y atrapado en mil causas perdidas.

Ahora, que..., ya vendrán los míos y pondremos las cosas en su sitio. Sólo le digo eso", terminó con esa advertencia final que encerraba en ella, aunque ocultas, todas las cosas que pensaban hacer los suyos, cuando alcanzaran el poder.

"Son 30€: ¿le hago factura?", le preguntó el doctor, ajeno al enfado de Manolo.

"No necesito factura. Pero esto, no quedará así". Arrojó los 30€ sobre la mesa y salió de la consulta rodante, con la cabeza alta. Era bueno, pero no tonto. Y si alguna vez había dudado de si hacía bien en votar a las izquierdas, ahora se daba cuenta de que ya tenía otro motivo más para darles su voto: las injusticias médicas.

F I N